

**La infamia de Beltrán Cortés.
Hegemonía, nacionalismo y control social en Costa Rica,
1938-1939***

George I. García Quesada

Universidad de Costa Rica

*Si se quiere hablar sobre un sistema social,
no se puede callar sobre sus excesos reprimidos.
Slavoj Žižek, Revolution at the Gates.*

*El país entero se pone de pie para desatar su maldición
contra el alevoso asesino que sigue dibujando una sonrisa
de maldad en su rostro, tras las rejas de la Penitenciaría.
La Prensa Libre, 24 de agosto de 1938*

La historiografía costarricense le ha prestado una merecida atención a las secuelas políticas y económicas de la crisis capitalista de 1929: conflictividad social y autoritarismo crecientes, radicalización de las clases subalternas, nuevas medidas del Estado para contrarrestar la

* Agradezco los comentarios de Álvaro Rojas Salazar, Héctor Hernández Gómez, Francisco Víctor Aguilar y Dennis Arias Mora a versiones preliminares de este texto. Las observaciones del dictaminador anónimo de esta revista también han sido de gran utilidad para ampliar y aclarar varios elementos. Las limitaciones de este trabajo, empero, son imputables solamente a su autor.

depresión, etc.¹ Menos atención le ha sido brindada a las transformaciones simbólicas durante dicha coyuntura, y desde hace escaso tiempo se ha abordado el tema de las sociabilidades de dicho período².

La relativa escasez de producción historiográfica sobre estos temas contrasta con la abundante bibliografía para el período 1880-1930, en la cual se ha analizado la acelerada consolidación de la hegemonía de la burguesía agroexportadora, basada en una eficiente cobertura del Estado a través de diversas instituciones y redes de control social, y con el nacionalismo como ideología cohesionadora³. Con pocas excepciones⁴, los

¹ Entre otros, cfr. Victor Bulmer-Thomas, “La crisis de la economía de agroexportación (1930-1945)”, en Víctor Hugo Acuña, ed., *Historia general de Centroamérica, Tomo 4. Las repúblicas agroexportadoras* (Madrid: FLACSO-Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1993); Gonzalo Cortés Enríquez, *La crisis mundial de 1929 y su impacto en la sociedad costarricense* (San José: El Fortín, 1994); Rafael Cuevas Molina, *Sandino y la intelectualidad costarricense. Nacionalismo antiimperialista en Costa Rica y Nicaragua (1927-1934)* (San José: EUNED, 2008).

² El principal aporte en este sentido lo han dado las historias especializadas (de las artes plásticas, de la música, de la literatura, de la arquitectura, etc.), más que la historia social. Cfr., por ejemplo, Álvaro Quesada Soto, *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica* (San José: EUCR, 1998); Zavaleta, Eugenia. *La patria en el paisaje costarricense. La consolidación de un arte nacional en la década de 1930* (San José: EUCR, 2003); Elizabeth Fonseca y José Enrique Garnier, eds., *Historia de la arquitectura en Costa Rica* (San José: Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica, 1998). Más centrados sobre las sociabilidades del período, cfr. Iván Molina, *Anticomunismo reformista. Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José: Ed. Costa Rica, 2007); Dennis Arias Mora, *Utopías de quietud. Cuestión autoritaria y violencia, entre las sombras del nazismo y del dilema antifascista (Costa Rica, 1933-1943)* (San José: EUNED, 2011); Patricia Vega Jiménez, *Con sabor a tertulia. Historia del consumo del café en Costa Rica (1840-1940)* (San José: EUCR, 2006).

³ Por ejemplo, David Díaz Arias, *La fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921* (San José: EUCR, 2007); Iván Molina, “Cuestión social, literatura y dinámica electoral en Costa Rica”, en Ronny J. Viales Hurtado, ed., *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950* (San José: EUCR, 2005), 193-206; Ronny J. Viales Hurtado, “El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica, 1870-1930” en: idem, 71-100; Steven Palmer, “Confinamiento, mantenimiento del orden y surgimiento de la política social en Costa Rica, 1880-1935”, en *Mesoamérica*, n. 43 (junio 2002); Juan José Marín y José Daniel Gil, eds., *Delito, poder y control social en Costa Rica. 1821-2000* (San José: Alquimia 2000, 2011). Disponible en:

<http://historia.ucr.ac.cr/repositorio/handle/123456789/298>

⁴ David Díaz ha abordado la década de los cuarentas partiendo de los conflictos sociales no resueltos de la anterior década; se centra principalmente en la irrupción de las fuerzas políticas de los treintas y su confluencia durante la coyuntura política de las administraciones de Calderón Guardia y Picado Michalsky. Cfr. *Social Crises and Struggling Memories: Populism, Popular*

efectos de la crisis de 1929 sobre la hegemonía han sido, pues, menos estudiados, y tienden a ser oscurecidos por la conflictividad social de la década de los cuarentas⁵.

Sin embargo, el estudio de la coyuntura post-crisis es de gran importancia para comprender la redefinición de una cultura política en la que, a diferencia de la Costa Rica anterior a la Depresión, las opciones ideológicas se multiplicaron y polarizaron, estableciendo las bases para los conflictos de los cuarentas. En el nuevo panorama, y frente a agudos conflictos tanto locales como internacionales, los grupos que habían acaparado el poder estatal durante las últimas décadas tuvieron que reconfigurarse políticamente frente a nuevos y viejos competidores. El intervencionismo estatal estaba en alza, pero el carácter de la influencia del Estado sobre la economía era disputado por comunistas, antiguos liberales, filofascistas, socialistas afines al APRA, e incluso católicos que pretendían recuperar los fueros perdidos con las reformas finiseculares⁶.

La crisis capitalista llevó en Costa Rica incluso a la modificación de los esquemas de diferenciación social en la opinión pública: en esta coyuntura aparece—para quedarse hasta hoy—la “clase media” como concepto social destinado a interpelar a las clases sociales ajenas tanto a la burguesía como al proletariado, que en especial percibían amenazadas sus condiciones de vida⁷. La literatura atestigua igualmente notorias transformaciones en las representaciones de la Nación durante esta época⁸.

En este artículo examinaremos el magnicidio perpetrado por Beltrán Cortés contra el doctor Moreno Cañas, un suceso de inusitadas

Mobilization, Violence and Memories of Civil War in Costa Rica, 1940-1948 (Tesis de Doctorado en Historia, Indiana University, 2009).

⁵ Entre otros: Alberto Cañas, *Los ocho años* (San José: EUNED, 1982); Manuel Solís Avendaño, *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: EUCR, 2006); Jacobo Schifter, *La fase oculta de la Guerra Civil en Costa Rica* (San José: EDUCA, 1981).

⁶ Cfr. Iván Molina, *Anticomunismo reformista*, 99-134.

⁷ George I. García, *Formación de la clase media en Costa Rica. Economía, sociabilidades y discursos políticos (1890-1950)* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2012), 249-275.

⁸ Cfr. Álvaro Quesada Soto, *Uno y los otros*, 167-244. Iván Molina ha mostrado las vicisitudes de los discursos hegemónicos en la Costa Rica de los años treinta mediante las críticas de dos intelectuales de esa época a la ideología de la “Suiza Centroamericana”. Cfr. “El telón descornado: Clemente Marroquín Rojas y Mario Sancho en la Costa Rica de 1935”, en *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, n. 95 (2002).

dimensiones en la Costa Rica de finales de los treinta⁹. Concretamente, analizamos la producción discursiva de la infamia de dicho homicida en la prensa escrita, a partir de los temas del control social y el nacionalismo, mecanismos claves para el sostenimiento de la hegemonía. Para ello, nos hemos remitido al semanario *Trabajo* y al diario *La Prensa Libre*, durante 1938 y 1939; mientras que el primero representaba abiertamente al Partido Comunista local, el diario *La Prensa Libre* fue, a lo largo del período que abordamos aquí, un medio comercial con simpatías hacia el gobierno del entonces presidente León Cortés, afín al fascismo¹⁰.

El análisis de los discursos sobre la *infamia* de Beltrán Cortés en estos periódicos con posiciones políticas contrapuestas, nos permite valorar los márgenes entre los cuales se desenvolvía la hegemonía de aquel contexto sociopolítico, así como sus puntos de contradicción y ruptura. Este escrito pretende contribuir, desde dicho análisis, con la historia de las micropolíticas cotidianas—sobre las cuales, en relación dialéctica, se asentaba la política a nivel estatal—, planteando a la vez algunos elementos para comprender las transformaciones simbólicas y de las sociabilidades en relación con la reconfiguración de la hegemonía de la década de 1930 en Costa Rica.

1. “Beltrán el monstruo”: entre la medicina y el derecho

En 1938 había en Costa Rica, si acaso, muy pocos personajes tan reconocidos y respetados en la opinión pública como Ricardo Moreno Cañas: además de distinguido médico, era deportista, diputado y casi alcanzó la presidencia de la República en 1932¹¹. Precedió a posteriores médicos en la política al aprovechar su actividad de cirujano para darse a conocer a sí mismo y a sus logros profesionales por los medios de difusión de la época, en cuenta mediante un corto que abría las funciones de cine a

⁹ La narración sobre estos sucesos ha sido llevada a cabo tanto por la prensa de la época como por cronistas posteriores. En particular, cfr. Eduardo Oconitrillo, *Vida, muerte y mito del Dr. Moreno Cañas* (San José: ECR, 2004). También: Jorge Vega, *Biografía del doctor Ricardo Moreno Cañas*, (San José: s.e., 1939).

¹⁰ Ver Arias Mora, *Utopías de quietud*, 75-97.

¹¹ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 37.

principios de la década de 1930¹². Además, en su fama de curador milagroso, como veremos más adelante, llegaron a pesar más lo mágico y lo religioso que lo tecnológico.

En buena medida, Moreno Cañas logró este prestigio gracias al lugar de privilegio que en Costa Rica—como en el resto de América Latina—ocuparon los médicos durante la primera mitad del siglo XX. Este gremio jugó un rol preponderante en la producción de la nacionalidad costarricense, al mediar los galenos decisivamente en los procesos mediante los cuales la burguesía local impulsó su proyecto de higienización por todo el país¹³. En particular, la influencia de los doctores sobre la infraestructura urbana y el control social en Costa Rica ha sido estudiada y documentada por Quesada y por Palmer¹⁴; de allí que concordemos con Marín, quien ha caracterizado como liberal-terapéutica a la ideología del proyecto modernizante de la élite costarricense¹⁵.

La noche del 23 de agosto de 1938, Beltrán Cortés hizo lo impensable: ultimó a la figura más connotada del gremio médico, el doctor Moreno Cañas, un hombre querido entre las clases populares, y respetado por la burguesía y los políticos costarricenses de la época. De paso, mató al también doctor Carlos Manuel Echandi Lahmann y a Arthur Maynard en su huída, e hirió gravemente al joven dependiente de comercio Egérico Vargas Loría¹⁶. Según la prensa, Cortés le reclamaba a Echandi, pero sobre todo a Moreno, que le habían operado el brazo varias veces con resultados insatisfactorios. Tras ser detenido, el sospechoso le dijo al Comandante Primero de la Penitenciaría, mostrándole su brazo derecho, que “aquí fue donde Moreno Cañas me hizo cuatro operaciones y no sirvieron, y yo con

¹² Steven Palmer, *From Popular Medicine to Medical Populism. Doctors, Healers and Public Power in Costa Rica, 1800-1940* (Durham: Duke University, 2003), 211-212.

¹³ Steven Palmer, *From Popular Medicine*; Juan José Marín “De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800-1949”, *Revista de historia* 32 (1995).

¹⁴ Cfr. Florencia Quesada Avendaño, *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930* (Helsinki: Instituto Renvall, 2007); Palmer, *From Popular Medicine*.

¹⁵ Cfr. Juan José Marín, *De curanderos*, 68.

¹⁶ Cfr. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 28-36.

una sola lo dejé arreglado”¹⁷.

Con estas declaraciones empezaba la leyenda del asesino desalmado, el monstruo cínico y alevoso del cual hablaba *La Prensa Libre* en el epígrafe que encabeza este ensayo. La importancia para la opinión pública de este triple homicidio estaba justificada dentro de las condiciones de sociabilidad de esta coyuntura: no sólo puso fin a las vidas de tres ciudadanos distinguidos, sino que atentó contra la institucionalidad de la medicina y la “clase” política, y cuestionó el orden simbólico sobre el cual se asentaba la identidad nacional, al cuestionar el pretendido carácter igualitario y pacífico del costarricense¹⁸.

Cortés fue rápidamente identificado como un personaje anómalo por la prensa. Las crónicas sobre su huída tras matar a Moreno y a Echandi lo describen como mañoso y marrullero; mientras lo perseguían a él gritaba: “¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo!”, despistando con ello a quienes se pudieran interponer en su camino¹⁹. Del mismo modo se enfocó el supuesto delirio que mostró durante su arresto: entonces, ante la posibilidad de ser linchado gritaba desaforado “mataron a mi madre y me las tenían que pagar”²⁰.

Junto a esta astucia traperera, la prensa resaltó días después el manejo por Beltrán de algunos rudimentos legales, tras su solicitud de *habeas corpus*:

algo que llama mucho la atención es el extenso conocimiento que Beltrán tiene de nuestros códigos penales y leyes usuales. Son numerosas las pruebas recogidas al respecto, en escritos para su propia defensa y en otros que redactara para terceras personas, haciendo gala de citas y artículos legales. Se nota que desde antaño está familiarizado con los códigos y así se explican también las

¹⁷ Cfr. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 49. También, “El duelo nacional”, *La Prensa Libre*, 24 de agosto de 1938, 4.

¹⁸ Sobre el tema de la excepcionalidad costarricense, cfr. Víctor Hugo Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, *Revista de historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002); Iván Molina Jiménez, *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: EUCR, 2002).

¹⁹ “El duelo nacional”, *La Prensa Libre*, 24 de agosto de 1938, 4.

²⁰ Idem. Del testimonio de Fabio Baudrit se infiere que Beltrán ideó este ardid para inculpar a un tal Rafael Campos—bajo cuyo nombre se había presentado con la empleada doméstica de Moreno Cañas—, cuya madre había fallecido tras una operación fallida de Moreno. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 69-70.

ingeniosidades que pretendió utilizar para declararse loco²¹.

Cortés aparece en *La Prensa Libre y Trabajo*, pues, como un delincuente habitual, categoría muy distinta a la de demente. Beltrán y su familia intentaron montar una defensa basada en la tesis de que los homicidios ocurrieron bajo un arrebato de locura, y para reforzar esta argumentación, la madre decía que su hijo había mutilado unas gallinas de su corral el día antes de los homicidios. El periódico *Trabajo* señaló entonces que era muy raro que la señora conservara las gallinas muertas: “nuestros campesinos se comen un animal en esas condiciones sin pérdida de tiempo. O esas gallinas han sido mutiladas después de nuestra última publicación [del 26 de agosto de 1938, GG] o fueron conservadas exprofesamente para que sirvieran al plan de defensa confeccionado”²².

Ambos periódicos insisten sobre la idea de que Cortés no estaba loco cuando cometió los homicidios; hizo el mal conscientemente, aunque por motivos que quedaban todavía por esclarecer. Según *Trabajo*, Beltrán

dispara contra la policía sin éxito, hasta que logran detenerlo. En este momento da gritos salvajes que más parecen aullidos los cuales, evidentemente están destinados a robustecer la simulación de locura. Esta simulación se completa más tarde en la cárcel con diferentes poses cuya falsedad pudo constatarla hasta el polocial [sic] más torpe. Si Beltrán hubiese cometido todos estos desatinos después del asesinato del Dr. Moreno cabría la hipótesis de su locura.²³

La Prensa Libre, por su parte, invocó la autoridad de José Ingenieros para afirmar que Cortés no era un loco, sino un simulador que buscaba que se le declarase irresponsable de los actos que cometió. “Cuando hay método no hay locura”, escribió el redactor²⁴. Así, estos medios no sólo no creyeron en la locura de Cortés, sino que lo presentaron como un tipo particularmente astuto y peligroso para la sociedad. Meses

²¹ “El asesino Beltrán comienza a debilitarse visiblemente” en *La Prensa Libre*, 31 de agosto de 1938, 8.

²² “Habrà mar de fondo...”, 4.

²³ “Reconstruyamos la tragedia del 23 de agosto” en *Trabajo*, 10 de setiembre de 1938, 4.

²⁴ “He matado a Moreno Cañas y a muchos otros” en *La Prensa Libre*, 27 de agosto de 1938, 4.

después, un médico general—no un especialista psiquiatra ²⁵—convocado para el proceso penal les dio la razón, al diagnosticar que Cortés gozaba “del uso normal de sus facultades mentales”²⁶.

El cinismo de este personaje era difundido con especial atención: el vespertino *La Prensa Libre* describía a Beltrán en la mañana del día siguiente a los homicidios:

muy temprano de la mañana de hoy, el asesino fue trasladado a la Penitenciaría. Entró silbando entre dientes el ya en su boca fatídico ‘Jalisco’. Cuando no silba, ríe, con una risa cruel, indiferente, casi burlona, canalla en una palabra. Todos los reos de la Penitenciaría hubieron de mirar con horror a semejante fiera. No tenían antecedentes, posiblemente, de un caso de cinismo semejante. Beltrán fue pasado a una celda, incomunicado y siempre esposado fuertemente, para evitar que cometiera cualquier barbaridad”²⁷.

También decían que el indiciado se jactaba en la cárcel de sus crímenes, aunque frente a las autoridades judiciales las negaba²⁸.

Según los medios se trataba, pues, de un criminal extraordinario entre los reclusos de la Penitenciaría, una “fiera” que inspiraba temor incluso a los más curtidos delincuentes. El cuadro se completaba por otra característica de Cortés inmediatamente difundida en la prensa: al describir las bravuconadas del arrestado al entrar en el penal, el redactor de *La Prensa Libre* afirmaba que “sería espantoso seguir describiendo los decires de esta fiera, de cuya locura no acabamos de convencernos, por muy avanzada que tuviera la sífilis en el cuerpo o en el alma”²⁹.

La sífilis de Beltrán se convertía así, al mismo día siguiente de los asesinatos, en otra característica esencial de su monstruosidad³⁰. En

²⁵ Que no le hayan sido aplicados exámenes psiquiátricos—“ciencia y técnica de los anormales”, llamaba Foucault a la psiquiatría—es llamativo, por ser este un caso tan importante. Da cuenta, posiblemente, de que el sistema jurídico ya tenía su diagnóstico sobre el acusado. Cfr. Michel Foucault, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)* (Bs. Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006), 155-156.

²⁶ Cit. en Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 90.

²⁷ “El duelo nacional”, 4.

²⁸ “He matado a Moreno Cañas y a muchos otros”, 4.

²⁹ “El duelo nacional”, 4.

³⁰ La monstruosidad del cuerpo de Beltrán aparece en estas publicaciones como causada por el propio delincuente; no era producto de un padecimiento congénito, sino de sus prácticas sexuales indebidas. Valga recordar que las campañas antivenéreas tuvieron una gran difusión en Costa Rica durante la primera mitad del siglo XX; el diagnóstico de sífilis de Cortés reafirmaba entre los

refuerzo, dos días después del lamentable triple homicidio, un grupo de prominentes doctores, tras la revisión del historial clínico del homicida, concluyó que el hueso de Beltrán no se había consolidado posiblemente debido a que éste padecía de sífilis³¹. De este modo, lejos de suscitar un cuestionamiento a la institucionalidad médica—habiendo quedado al descubierto la imposibilidad del cirujano más prestigioso del país por curar a ese paciente—, la prensa y los especialistas médicos culparon tácitamente a Cortés de su deformación, por ser un libidinoso; la destreza de Moreno Cañas no pudo contra la lascivia de Beltrán para curarle su brazo enfermo. El retrato del monstruo moral está casi completo: todo monstruo que se precie debe aparecer fuertemente genitalizado³², máxime en una sociedad en la que la Iglesia Católica fungía como un importante actor en la esfera pública, y cuya moral sexual era la dominante³³, Beltrán aparecía como un gozador excesivo³⁴, amenazante.

Irónicamente, el tema de la sífilis de Beltrán Cortés fue esgrimido por el defensor y por el propio acusado para mitigar el eventual castigo, y para obtener mejores condiciones en la prisión. *La Prensa Libre* indicó

lectores esa angustia (moral tanto como médica) de los higienistas. Cfr. Juan José Marín, “Biblias de la higiene. Las cartillas terapéuticas en Costa Rica (1864-1949)”, en Francisco Enríquez e Iván Molina Jiménez, comps., *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica (siglos XIX y XX)* (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2002), 1-46.

³¹ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 46-47.

³² La fascinación libidinal que convocaba Beltrán en sus contemporáneos queda en evidencia por un relato de Oconitrillo sobre la situación de ese personaje, ya condenado por el triple asesinato y preso en San Lucas. El biógrafo y cronista cuenta que todos los domingos llegaba al penal un lanchón lleno de turistas que iban a ver al asesino de Moreno Cañas; al tiempo, los turistas empezaron a tocar el brazo de Cortés, y éste decidió cobrar por ese “servicio”. Cfr. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 176.

³³ Como ha mostrado Alfonso González, el proyecto hegemónico del Estado costarricense se consolidó en la segunda mitad del siglo XIX—y pese a los conflictos entre una y otra institución—gracias a los aportes civilizatorios de la Iglesia católica. Cfr., de este autor, *Vida cotidiana en la Costa Rica del siglo XIX* (San José: EUCR, 1996).

³⁴ En términos de psicoanálisis, Beltrán apareció como aquel que, a través de su goce excesivo, arriesgaba el goce colectivo centrado en la Cosa nación. Según Žižek, “la tesis lacaniana de que el goce es siempre en última instancia goce del Otro, i.e., goce supuesto, imputado al Otro, y que, a la inversa, el odio al goce del Otro es siempre odio del goce propio, es perfectamente ejemplificada por esta lógica del ‘robo del goce’”. Žižek, *Tarrying with the Negative. Kant, Hegel and the Critique of Ideology* (Durham: Duke, 2003), 206. Sobre este concepto también Slavoj Žižek, *The Art of the Ridiculous Sublime. On David Lynch’s Lost Highway* (Seattle: University of Washington Press, 2002), 18-19.

tempranamente su desconfianza hacia la “paranoia sifilítica” aducida por Beltrán ³⁵, y tras la solicitud de éste de ser examinado en el hospital San Juan de Dios, se limitó a indicar discretamente que la operación (en realidad se referían a un examen del líquido céfalo raquídeo³⁶) que le sería realizada a Cortés “tenía por único objeto aportar datos de orden científico”³⁷, con lo cual negaba la posibilidad de que el antiguo padecimiento del reo pudiese haber influido en la comisión de los crímenes, o generarle a los lectores compasión hacia Beltrán.

Por otro lado, tras un viaje al pueblo natal de Beltrán, los corresponsales de *La Prensa Libre* indicaron que éste no era pobre; no podía aducir necesidad para cometer los crímenes, y de hecho no robó a sus víctimas. “De la visita y declaraciones obtenidas en Santa Bárbara de Heredia se desprende que la familia de Beltrán, —al revés de lo que se suponía—, es bastante acomodada. Relativamente, sus propiedades tienen buen valor”³⁸. Además, Beltrán era retratado como un irredimible: “no caben consideraciones sobre su enmienda, por muchos que sean los años que se le impongan pues, por su brazo maldito, seguiría matando”³⁹. Incluso su madre afirmaba que si Beltrán fuera culpable de los asesinatos, se debería a los “instintos perversos” de ese hijo suyo: “en ese caso es un monstruo que ni yo, ni nadie puede convertir en distinta cosa de lo que es”⁴⁰.

No es de extrañarse, pues, de que desde estas narrativas Cortés fuera para sus contemporáneos sospechoso de otros crímenes. En particular, se le investigó por el asesinato de otro doctor en 1933; la viuda de éste incluso afirmó que “tenía la casi seguridad de que éste [Beltrán Cortés] era el matador de su marido”⁴¹. *La Prensa Libre* llegó a afirmar que está afirmándose la sospecha, esbozada en los primeros días, de que Beltrán es el asesino también del doctor Víctor Eduardo Álvarez,

³⁵ “Beltrán el monstruo lo niega todo”, 9.

³⁶ Según Jorge Montes de Oca, doctor de la Penitenciaría central, citado en Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 106.

³⁷ “La intervención quirúrgica que requería el reo Beltrán Cortés, le fue practicada en la propia Penitenciaría” en *La Prensa Libre*, 28 de enero de 1939, 10.

³⁸ “El asesino Beltrán comienza a debilitarse visiblemente”, 8.

³⁹ “Buscando conmiseración, Beltrán no come desde hace 50 horas” en *La Prensa Libre*, 26 de agosto de 1938, 1.

⁴⁰ “Buscando conmiseración”, 2.

⁴¹ “He matado...”, 7.

cuya muerte quedó en el misterio. Hay una serie de antecedentes—hilvanados ya casi a perfección—, que demuestran cómo Beltrán Cortés y otras gentes que le rodeaban vienen, hace años, complicados en una serie tortuosa de líos.⁴²

Tal era la infamia de Cortés que no fue sencillo encontrarle un abogado defensor. Para octubre de 1938 varios pasantes de derecho habían declinado hacerse cargo de la defensa del acusado, con lo cual peligraba todo su proceso penal⁴³. Un abogado solicitado por Cortés se negó aduciendo que no deseaba defender a un cínico⁴⁴. Solamente a partir del 20 de diciembre de ese año logró contar con un defensor público, el joven Benjamín Odio Odio⁴⁵, quien al asumir el cargo empezó por elogiar la memoria de las víctimas y distanciarse a sí mismo de cualquier simpatía por un crimen cuya autoría ya había sido confesada a inicios de mes⁴⁶.

El 23 de junio de 1939, el juez dictó su fallo sobre el caso de Beltrán. *Trabajo* no cubrió periodísticamente los detalles del castigo, mientras que *La Prensa Libre* se limitó a señalar que la condena del imputado era por un tiempo indeterminado, y que, de conmutársele la pena, la condena mínima sería de ochenta años y tres meses⁴⁷. Poco más de un mes después, se mandaba a Beltrán Cortés al Presidio en la isla de San Lucas: el convicto, prometía la nota periodística, “será mantenido en aquel penal con todas las seguridades que su peligrosidad indica y bajo una estricta vigilancia especial”⁴⁸. En efecto, por órdenes de León Cortés fue recluido en una jaula de hierro y cemento⁴⁹: la castración simbólica del monstruo hipersexuado estaba prácticamente consumada.

La Prensa Libre no ocultó en ningún momento su parcialidad

⁴² “No acepto los cargos” en *La Prensa Libre*, 13 de setiembre de 1938, 10. Estas acusaciones no pasaron de ser especulaciones propias de la histeria colectiva del momento.

⁴³ “Se paralizaría el proceso contra el asesino Beltrán Cortés, si no se le encuentra defensor” en *La Prensa Libre*, 15 de octubre de 1938, 7.

⁴⁴ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 92.

⁴⁵ Idem.

⁴⁶ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 102.

⁴⁷ “Presidio indeterminado para Beltrán Cortés” en *La Prensa Libre*, 24 de junio de 1939, 9.

⁴⁸ “Se hizo ayer la liquidación de las penas impuestas a Beltrán Cortés” en *La Prensa Libre*, 30 de agosto de 1939, 2.

⁴⁹ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 176. Como testimonio de la inhumanidad de su castigo ha quedado la historia del personaje de Ciríaco, en *La isla de los hombres solos* (México: Grijalbo, 1984) de José León Sánchez.

contra Cortés; un par de días después del suceso, señalaba que éste “no podrá evadir ninguna culpabilidad. No podrá lograrlo, por que desde el primero hasta el último de los ciudadanos, están contra él, horrorizados todavía, más indignados por instantes, a medida que las horas van afirmando la inmensidad de la enorme pérdida”⁵⁰. Por supuesto, *La Prensa Libre* se permitía publicar estas opiniones al suponer que serían compartidas por la gran mayoría de los lectores; se asumía como vocero de la comunidad nacional costarricense

Para el momento de su deportación a San Lucas, cada detalle de la vida y obras del homicida—prolijamente documentadas por la prensa escrita—suplementó una narración ya preformada, la de la monstruosidad del acusado, confirmándola y aclarándola mejor; ésta no radicaba simplemente en lo que Beltrán Cortés *hizo*, sino en lo que él *era*. Beltrán fue un delincuente en el sentido moderno⁵¹. La opinión pública pudo formarse una idea individualizada de quién era Beltrán, sus hábitos, condiciones económicas y familiares, carácter. La prensa se ocupó de “judicializar” su cobertura del caso: se valoraron los antecedentes de Beltrán (ya había matado antes), su estatus económico (la pobreza no lo justificaba), su cordura (no estaba loco), su estilo de vida (era un vividor).

La figura de Cortés generó nuevas discusiones en la prensa acerca del derecho penal. Resultaba lógico que esta área—la cual, como ha mostrado Fumero, había sido la más abordada por los proyectos de graduación de la Facultad de Derecho entre 1884 y 1935⁵²—entrara en discusión, debido a la magnitud del suceso y debido a la caracterización que se había ido tejiendo sobre las características del acusado. Aquí, una vez más, Foucault acierta al señalar que el monstruo cuestiona al derecho,

⁵⁰ “Buscando conmiseración...”, 2.

⁵¹ Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI, 2003), 282-287. Esto a pesar de que en la Costa Rica de fines de los treinta esta categoría, propia de las tecnologías punitivas más modernas, acarrea características de anatema religioso. En todo caso, dado que las categorías de las ciencias penales fueron importadas de Europa por la intelectualidad decimonónica costarricense, no debiera extrañarnos que la teorización de Foucault sobre los mecanismos de normalización sea plenamente vigente en el contexto al que aquí nos referimos. Cfr. Palmer, “Confinamiento, mantenimiento del orden”.

⁵² Patricia Fumero, *Colegio de abogados de Costa Rica. Ciento veinte años de historia* (San José: Colegio de Abogados de Costa Rica, 2001), 49.

expone sus fisuras⁵³; las discusiones sobre cómo cerrar esas fisuras abiertas por el crimen monstruoso llevaron a distintas soluciones simbólicas, dos de las cuales pueden observarse en los divergentes tratamientos que *Trabajo* y *La Prensa Libre* le dieron a este problema.

Siguiendo una línea ideológica que llega hasta nuestros días, *La Prensa Libre* publicó, apenas una semana luego de los incidentes, una nota en la cual reproducía parcialmente un informe escrito en febrero de 1937 por la comisión de detectives de la Secretaría de Seguridad Pública. Allí se señalaba que los fallos judiciales eran a menudo demasiado benévolos hacia casos que requerirían mayor severidad, lo cual redundaba en que los reincidentes obtenían fácilmente su libertad⁵⁴. El mismo caso de Beltrán, quien ya antes había cometido un homicidio, pero no cumplió con la cabalidad de su pena, reforzaba su razonamiento de que el sistema penal estaba fallando peligrosamente. Como conclusión, el redactor pedía castigos más fuertes contra los infractores.

Por su parte, *Trabajo* también se pronunció contra “la magnanimidad mal entendida”, señalando que ésta “envalentonaba” al infractor; sin embargo, su argumento se dirigía contra dos agresores indultados tras haber herido gravemente o matado a militantes comunistas. Así, la nota de *Trabajo*, más que buscar un mero aumento en los castigos, denunciaba y condenaba la protección de ciertas autoridades a los victimarios de sus compañeros; a diferencia de *La Prensa Libre*, los redactores de *Trabajo* insistieron en el carácter político de la monstruosidad de Beltrán Cortés⁵⁵.

Pero el semanario comunista también insistió sobre una argumentación más sutil, y en rigor más apegada al proyecto liberal-terapéutico: para ellos era necesario que la vida social del país “se ponga en manos de verdaderos técnicos de la defensa de la sociedad contra la criminalidad ambiente”⁵⁶. En este sentido, los comunistas fueron más

⁵³ Foucault, *Los anormales*, 62.

⁵⁴ “Si las autoridades judiciales no han podido...” en *La Prensa Libre*, 5 de setiembre de 1938, 7.

⁵⁵ El *monstruo político*, según Foucault, es aquel al que se le atribuye romper el pacto social fundamental. Cfr. Foucault, *Los anormales*, 96-106.

⁵⁶ “Debemos luchar por el establecimiento de un sistema penal más científico” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 2.

positivistas que la prensa burguesa; para ellos, “los penales son un verdadero laboratorio social y no simplemente un lugar de reclusión que pida únicamente vigilancia”⁵⁷; consecuentemente, el sistema penal debía ser más científico, y los jueces debían estar especializados en criminología— “que en la actualidad ha abierto grandes horizontes para la investigación científica del tipo delincuente”—, ser bien remunerados y tener su puesto asegurado con independencia de los cambios de partido en el gobierno⁵⁸.

Esta categorización coincide con la estudiada por Foucault, según quien desde los regímenes normalizantes de control social, el *monstruo moral* no es primeramente una anomalía de la naturaleza, sino de la sociedad; funciona en un registro jurídico más que biológico⁵⁹. En *Trabajo* no aparecen argumentos sociológicos para referirse al caso de Beltrán Cortés; el crimen no fue contextualizado como parte de una sociedad costarricense fracturada, que generara sujetos como el homicida. Quien sí intentó una estrategia de este tipo fue el defensor Odio, el cual pretendió demostrar que

si bien es cierto que Cortés Carvajal es el hombre más peligroso que se registra en los anales de la criminalidad costarricense, no lo es menos que es un ser humano, pero anormal, y, sobre todo, un producto de nuestro medio ambiente que viene a comprobar que en éste existen los gérmenes para semejantes males, y de esta manera, llevar al ánimo de toda generación una inquietud, más que por el síntoma (el crimen), por la transformación necesaria de la organización social, en cuyo estado actual se halla la causa.⁶⁰

Trabajo asumió que la *anormalidad* de Beltrán era producto de la permisividad de los grupos adinerados y el gobierno. De ese modo, moralizaron las categorías de delincuencia y monstruosidad, y desde esa base, tal periódico asumió la estigmatización del delincuente para atacar como criminales de la misma calaña de Beltrán a sujetos que habían

⁵⁷ Idem.

⁵⁸ Idem.

⁵⁹ Cfr. Michel Foucault, *Los anormales*, 82.

⁶⁰ Citado en Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 104. El propio Beltrán, haciendo referencia a sus orígenes modestos, le escribía al juez después de dictada la sentencia en su contra que “usted se apuntó en mi caso un triunfo como los que se ésta apuntando Franco en España, vengandose de los deviles indefenzos [sic]”. En Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 120-121.

agredido gravemente a militantes suyos⁶¹, así como sugiriendo que personajes de la alta política nacional estaban implicados en este caso. Asumieron la criminología como una técnica neutral, con lo cual legitimaron los mecanismos disciplinarios y biopolíticos⁶² presupuestos por ese saber.

Esos mecanismos, entre los cuales se encontraba la producción discursiva y práxica de las categorías del delincuente y del monstruo moral (como enemigos internos), se remitían a una ideología sobre la Nación costarricense ya bien consolidada a fines de los años veinte. El periódico *Trabajo* siguió esa visión, según la cual la delincuencia era una *enfermedad* social: para ese medio, Beltrán mostraba que el *cuerpo* nacional estaba enfermo. Su crítica a la oligarquía, el imperialismo y la “clase” política costarricenses fue hecha en nombre de la salud de la nacionalidad costarricense; en este aspecto (entre otros), los comunistas costarricenses fueron más ticos que marxistas.

En el Valle Central costarricense, como ha mostrado Gil⁶³, los sectores populares fueron asumiendo desde fines del siglo XIX la mediación estatal como modo de resolver sus disputas, al tiempo que la educación cumplía un importante papel normalizador entre las clases subalternas. En este proyecto de civilización de la plebe jugó un papel central la alfabetización de las clases subalternas, merced a lo cual la prensa fue adquiriendo gran importancia en la formación de la opinión pública del

⁶¹ “Antonio Villegas, el Beltrán Cortés de Barva, provoca e insulta a los vecinos de este cantón, con la complacencia de las autoridades del lugar” en *Trabajo*, 8 de octubre de 1938, 1.

⁶² La preocupación por la biopolítica, esto es, la administración de la *población* como objeto, se muestra ya de modo claro en el interés del presidente Cleto González Víquez por regular la inmigración al país, así como por fomentar la natalidad de costarricenses para que poblaran las partes no colonizadas del territorio nacional. Steven Palmer, “Hacia la “auto-inmigración”. *El nacionalismo oficial en Costa Rica (1870-1930)* en Arturo Taracena y Jean Piel, eds., *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: EUCR, 1995), 75-85.

⁶³ José Daniel Gil, “Morigerando las costumbres, canalizando las disputas: a propósito de los conflictos en los pueblos heredianos, 1885-1915”, *Revista de historia* 35 (1997): 52-65. Como indica un influyente estudio de historiografía literaria, la legalidad fue desde temprano uno de los mitos centrales del discurso nacional costarricense. Margarita Rojas, Flora Ovares, Carlos Santander y Ma. Elena Carballo, *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: EUCR, 1993), 253.

país⁶⁴. De este modo, las categorías jurídicas circularon en los periódicos junto con discursos de otras índoles, y allí en particular se difundieron modelos normalizadores para el control social de la población. En particular, la provincia de Heredia, debido a su cercanía con la capital y su relativa lejanía respecto a la frontera agraria a fines del siglo XIX⁶⁵, se introdujo rápidamente en los usos y costumbres del proyecto civilizatorio de la élite liberal.

La propia familia de Beltrán Cortés, residente en Santa Bárbara de Heredia, nos permite observar dicha asimilación: ya en 1896, Amelia Carvajal denunciaba a su cónyuge Rosendo Cortés por abandono del domicilio conyugal⁶⁶, y en las siguientes décadas diversos miembros de la familia estuvieron implicados en asuntos judiciales, como acusados y como acusadores: causas por destilación ilegal de licores, agresiones, hurtos, deudas retrasadas, abusos de autoridad, e incluso prisión por motivos políticos, fueron parte de la saga de los Cortés Carvajal⁶⁷. Lo notable en este caso no es por sí sola la reiterada presencia de esta familia en diversos conflictos, sino que, siendo el jefe de esta familia jornalero, esos conflictos se dirimieran en los tribunales: da cuenta de una asimilación temprana de las normativas liberal-terapéuticas en las clases subalternas del Valle Central.

Esta legitimación del derecho en la cotidianidad formó parte, junto con la higienización de la población, del proceso de producción de hegemonía. Para los años treinta, las clases populares habían asimilado las clasificaciones normalizadoras que permitían detectar los tumores del cuerpo nacional, merced a la legitimación tanto jurídica como sanitaria del Estado. En este último sentido fue construida una red dirigida al control de las enfermedades y de las costumbres de la población, mediante la difusión

⁶⁴ En algunos oficios era común, por ejemplo, que los trabajadores que sabían leer les leyera a sus compañeros analfabetos los periódicos del día en el taller. Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Porvenir, 1991), 189.

⁶⁵ Iván Molina y Steven Palmer (eds.), *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)* (San José: Porvenir, 2000), 28.

⁶⁶ Archivo Histórico Nacional de Costa Rica (AHNCR), Fondo de Gobernación 039562.

⁶⁷ AHNCR, Fondo de Gobernación 035486; Policía 014799; Judicial 003153, 003432, 000555, 000547, 004560 y 004724.

de cartillas de salud y aseo⁶⁸.

En los periódicos que aquí hemos analizado la anormalidad estuvo caracterizada por una metafórica importada de la ciencia médica, la cual se entrelazó con elementos jurídicos con sanitarios—e incluso religiosos⁶⁹—el tratamiento mediático sobre este incidente. El público consumidor de prensa escrita tenía criterios para juzgar a partir de los datos aportados por esos medios; podía identificarse con el poder a la vez sanador y justiciero del Estado. Las crónicas sobre el evento y sus derivaciones construyeron la imagen del monstruo peligroso (para la nación), pero a la vez suponían ya a un lector identificado con la hegemonía.

El infausto suceso provocó que ambos medios apelaran a la institucionalidad estatal, en la cual incluso los comunistas tenían una relativa confianza; lo considerado políticamente posible permaneció dentro de los confines del Estado existente, del mismo modo que siguió siendo denominador común el nacionalismo tico. La hegemonía del proyecto liberal-terapéutico permaneció incólume; pese a la coyuntura de crisis, en la opinión pública la amenaza no redundó en un cuestionamiento de las causas del crimen en relación con el sistema socio-económico, sino que la condena se volcó virulentamente sobre el suceso puntual del crimen. Con todo, la sombra de la monstruosidad del crimen no cubría solamente al imputado directo.

2. *¿Un crimen político?*

La relevancia política del asesinato fue tal que el presidente León Cortés interrogó a Beltrán la misma noche de los homicidios⁷⁰; el mandatario se consideraba un potencial sospechoso de haber mandado a matar a Moreno Cañas, rival político suyo. Además, León Cortés conocía a Beltrán desde hacía casi veinte años, cuando éste lo buscó para que, como abogado, lo ayudara a demandar a la Municipalidad de Heredia por el

⁶⁸ Cfr. Marín Hernández, “Biblias de la higiene”.

⁶⁹ Sobre la dimensión religiosa suscitada por la figura de Moreno Cañas, cfr. Setha M. Low, “Medical Doctor, Popular Saint: the Syncretic Symbolism of Ricardo Moreno Cañas and José Gregorio Hernández” en *Journal of Latin American Lore*, 14: 1 (1988): 49-66. Le agradezco esta referencia a Dennis Arias.

⁷⁰ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 41-44. Algunos aspectos de la declaración de León Cortés aparecieron en “No escribió Beltrán el telegrama...”, 10.

accidente que le incapacitó su brazo derecho. Por si acaso, el presidente donó 50 colones para el monumento a los doctores Moreno Cañas y Echandi Lahmann⁷¹, además de mandar a castigar muy severamente a Beltrán, para distanciarse de los rumores que lo vinculaban con el asesino⁷². No obstante, las sospechas sobre León Cortés nunca se desvanecieron del todo.

La posibilidad de que una tercera persona le hubiera pagado a Beltrán Cortés para asesinar al doctor Moreno empezó a circular en la opinión pública casi inmediatamente tras darse a conocer su muerte. En la tarde del 25 de agosto, *La Prensa Libre* planteó la posibilidad de que Beltrán hubiera tenido uno o más cómplices; sin embargo, no insinuaron que el móvil del homicidio fuera la rivalidad política: más bien, insistieron en la posibilidad de que el asesino hubiera sido instigado a chantajear a su antiguo cirujano, por montos que variaban según diferentes versiones entre 1.000 y 25.000 colones⁷³. Este diario también publicó un extracto de un artículo de *Trabajo* donde se planteaba la posibilidad de una confabulación en contra de Moreno Cañas. Sin embargo, al poco tiempo señalaba que, de haber instigadores de Cortés, lo hubieran sido de un chantaje, “pues nadie se atreve a suponer que los pudiera haber del crimen”⁷⁴. De este modo, despachó rápidamente la posibilidad de que se hubiera dado un crimen político.

Por el contrario, el semanario del Partido Comunista de Costa Rica mantuvo sus sospechas sobre posibles móviles políticos detrás del asesinato de Moreno Cañas. Retomando las informaciones circulantes en otros medios escritos, *Trabajo* desestimó la posibilidad de que Beltrán y sus secuaces hubieran planeado extorsionar a Moreno Cañas, y sostuvo que era muy posible una conspiración “tras bastidores”:

tenemos indicios de que no sólo un ‘anormal’ intervino en los acontecimientos [...] Entre más anormales aparezcan actuando IMPULSADOS POR MÓVILES ABSURDOS Y CON BASE EN UN

⁷¹ “Contribuyentes para el monumento a la memoria de los doctores Ricardo Moreno Cañas y Carlos Ml. Echandi Lahmann” en *La Prensa Libre*, 21 de octubre de 1938, 4.

⁷² Cfr. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 183.

⁷³ Cfr. “No acepto los cargos...”, 10; “Buscando conmiseración...”, 2.

⁷⁴ “El asesino Beltrán recupera íntegramente su cinismo habitual” en *La Prensa Libre*, 2 de noviembre de 1938, 7.

PLAN MÁS O MENOS INTELIGENTE, más inquietud se siente por lo que pueda haber detrás de los bastidores⁷⁵.

Estas sospechas cobraban fuerza al aparecer dos abogados con Beltrán en las horas previas a los asesinatos, quienes según varias versiones instigaron al asesino⁷⁶. *Trabajo* insistió sobre este aspecto: en noviembre se preguntaban

por qué permanecen todavía en libertad, gozando de toda clase de consideraciones, ciertos personajes que en el proceso han resultado sindicados de ‘ayudantes’ de Beltrán Cortés? ¿Por qué, mediante una tolerancia sin precedentes, se ha permitido que los ‘ayudantes’ de Beltrán hayan dispuesto del tiempo necesario para ponerse de acuerdo y destruir muchos rastros del delito? ¿Por qué la Oficina de Investigación ha estado completamente al margen del sumario y no ha desplegado la actividad que desplegó por ejemplo en el caso de don Alberto González Lahmann? ¿Por qué ni siquiera la sospecha fundada de que uno de los sindicados esté explotando económicamente su intervención en el delito, ha movido a los Jueces a actuar?⁷⁷

El título de este artículo, “Instigadores de alta posición en el asesinato del doctor Moreno Cañas?”, no se refiere, por supuesto, a los dos abogados—uno de ellos cuñado de Beltrán y anterior defensor suyo cuando mató a un policía en 1934—, sino que sugiere, efectivamente, que personajes influyentes en la política mandaron a matar a Moreno, y que luego protegieron a sus intermediarios. Adicionalmente, los redactores cuestionaron la posibilidad de que Beltrán se hubiera vengado de una operación hecha diez años atrás, puesto que desde entonces Moreno se había convertido precisamente en benefactor del lisiado⁷⁸.

Un año después del triple homicidio, el periódico *Trabajo* seguía sosteniendo que la desaparición del galeno se dio “en circunstancias tan tenebrosas que aún siguen llenándonos de inquietud”⁷⁹. Más aún, la maestra y escritora comunista María Isabel Carvajal, firmando bajo su

⁷⁵ “¿Habrà mar de fondo en el asesinato del Dr. Moreno Cañas?” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 1,4. Énfasis del original.

⁷⁶ “Reconstruyamos la tragedia del 23 de agosto” en *Trabajo*, 10 de setiembre de 1938, 4.

⁷⁷ “¿Instigadores de alta posición en el asesinato del doctor Moreno Cañas?” en *Trabajo*, 26 de noviembre de 1938, 4.

⁷⁸ “Reconstruyamos...”, 4.

⁷⁹ “El homenaje al Dr. Moreno Cañas lo hizo el pueblo” en *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 3.

seudónimo, Carmen Lyra, indicaba que “este asesinato parece haberle hecho el juego a la reacción, que ahora sin el doctor Moreno, podrá reinar más a su antojo en nuestro pueblo”⁸⁰; de allí que, según la escritora,

el pueblo costarricense tiene el deber de no olvidar a este hombre que por defenderlo, se ganó tantas malas voluntades entre la pillería legalizada y que quizá fue asesinado porque su presencia era un obstáculo en el camino de muchos personajes sin escrúpulos [...] Quizá por eso, más que por otra cosa lo mataron o mandaron asesinar⁸¹.

Pero los comunistas no estaban solos. Durante el homenaje por el primer aniversario de la muerte del doctor, afloraron de nuevo los rumores de conspiración. Unas declaraciones del licenciado Moisés Rodríguez, quien insinuó en su discurso fúnebre que hubo cómplices en el asesinato de Moreno Cañas, provocaron la reacción inmediata del presidente de la República, quien mandó al jefe del Ministerio Público a interrogar al orador sobre tales afirmaciones. Del interés de León Cortés sobre estas declaraciones se puede colegir que él asumía que los rumores del momento lo incriminaban como autor intelectual del crimen, y por ello mandó a amedrentar al licenciado Rodríguez, ante lo cual éste señaló que sus palabras fueron fruto de “comentarios recogidos en la calle”, pero que no había acusado a nadie en particular sobre el crimen⁸².

Raudamente, los periodistas de *La Prensa Libre* acudieron al jefe del Ministerio Público, Víctor Manuel Elizondo, para obtener sus declaraciones sobre el caso. Según este funcionario, en cuanto a las sospechas de complicidad en el asesinato “el comentario público es insistente sobre este extremo, guiado, entiendo, por una simple fantasía, ya que hasta el momento no existe la menor sospecha de que tales cómplices existan”⁸³. Que *La Prensa Libre*, ya en plena campaña presidencial, diera tanto crédito a las declaraciones de Elizondo, era ante todo una advertencia para aquellos que pudieran explicitar públicamente en la contienda

⁸⁰ “Un discurso que no se dijo ante la tumba del Dr. Moreno Cañas” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 3.

⁸¹ “Meditaciones ante el retrato del Dr. Moreno Cañas” en *Trabajo*, 11 de febrero de 1939, 3.

⁸² “Repito que cualquier persona que pueda decir algo...” en *La Prensa Libre*, 28 de agosto de 1939, 16.

⁸³ Idem.

electoral las sospechas contra el poder ejecutivo y la alta dirigencia del oficialista Partido Republicano Nacional.

Como para gran cantidad de costarricenses, para *Trabajo* el homicidio de Moreno Cañas fue un crimen político orquestado desde las cúpulas de la oficialidad. Oconitrillo indica que, según los rumores de la época, el autor intelectual del asesinato fue, o bien León Cortés, o bien Rafael Ángel Calderón Guardia: el primero debido a una venganza por diferencias políticas⁸⁴; el colega Calderón para deshacerse de un fuerte competidor por la presidencia⁸⁵. En 1939, cualquiera de estos dos personajes podía ser el blanco de las sospechas comunistas y de la imaginación popular más en general.

Pero, ¿por qué podía resultar verosímil para la población costarricense la idea de que el asesinato del doctor Moreno fuese resultado de una conspiración política? Al fin y al cabo, ¿no se asombraban los viajeros de paso por Costa Rica de que el Presidente de la República circulara en medio de los espacios urbanos y rurales como cualquier otro ciudadano? Los testimonios de los foráneos Dana Gardner Munro y Manolo Cuadra, así como las críticas de la nacional residente en México, Yolanda Oreamuno, reiteran sobre este tópico, contribuyendo con la imagen de una Costa Rica apacible e idílica⁸⁶. Sin embargo, más allá de esta fantasía, en la cual se condensa una parte significativa de su identidad nacional, la historia costarricense había sido hasta 1938 escenario de numerosos eventos de violencia política que, además de generar tensiones y agresividad en la vida cotidiana, varias veces terminaron con la vida de ciudadanos comunes e incluso de dirigentes⁸⁷.

⁸⁴ Entre otras cuestiones, la fuerte militancia antifascista de Moreno Cañas chocaba con las poco disimuladas simpatías del presidente León Cortés y su círculo de allegados por las potencias del Eje. Cfr. Manuel Solís Avendaño, *La institucionalidad ajena*, 191-218.

⁸⁵ Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 171-179. Oconitrillo se muestra contrario a estas versiones, sosteniendo que Beltrán actuó por cuenta propia contra el doctor Moreno.

⁸⁶ Iván Molina. *Costarricense por dicha*, 9-11.

⁸⁷ En 1917, el propio Dana Gardner Munro afirmaba sobre los procesos electorales en Costa Rica que “conforme avanza la contienda, los ánimos se agitan cada vez más entre los políticos y los votantes se interesan y luego se entusiasman. Las reuniones y las ovaciones, las constantes discusiones políticas en las calles, que a veces terminan en motines, y las invitaciones generales en las cantinas por parte de los activistas de los partidos hacen que el pueblo distraiga la atención de sus

Las presiones del gobierno sobre los empleados públicos, quienes podían perder sus empleos si no ganaba el partido oficialista, y de los gamonales respecto a los trabajadores rurales sobre los que ejercían influencia económica, producían ambientes de violencia que en no pocas ocasiones desembocaban en la amenaza abierta⁸⁸. En la prensa, las contiendas electorales desplegaban una gran violencia verbal⁸⁹, que llegaba a hechos de sangre a menudo en las manifestaciones políticas de las agrupaciones en pugna. En cada campaña habían broncas y muertos, e incluso el propio Moreno Cañas estuvo envuelto en problemas de ese tipo, al haber participado en diciembre de 1935 en una actividad de su partido en Puntarenas en la cual murió un joven cortesista, lo cual le valió numerosas acusaciones y ofensas de parte de la prensa afín a León Cortés⁹⁰.

Munro indicaba también que tras las votaciones, el resultado de las elecciones

no siempre inspira el respeto que debería en una democracia más celosa de sus derechos. Los costarricenses han demostrado en más de una ocasión que están preparados para exigir que se respete su decisión cuando están en juego sus intereses, pero por lo general están dispuestos a reconocer cualquier administración que mantenga bajo control la capital, considerando la guerra civil, con su correspondiente destrucción de cosechas y ganado, como un mal mayor que la sumisión a un gobierno ilegal. No es de extrañar, entonces, que una facción derrotada ocasionalmente intente apoderarse de las barracas en San José mediante la fuerza o alguna estrategia, o que el presidente exija condiciones a un oponente victorioso en una elección antes de entregarle el mando de las

ocupaciones diarias y se desordene temporalmente toda la comunidad. Las elecciones, por lo tanto, son esperadas con un cierto grado de temor por parte de las clases más respetables”. Dana Gardner Munro, *Las cinco repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos* (San José: EUCR, 2003), 190.

⁸⁸ Según decía en 1923 un partidario echandista: “en las elecciones de 1915 fue el colmo, autoridades en las puertas de las casas de votaciones, con machete en mano, llegaban los ciudadanos a votar y se les decía si vienen a votar por la papeleta del gobierno entre, y si no váyase...”. Citado en Iván Molina y Fabrice Lehoucq, *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)* (San José: EUCR, 1999), 73.

⁸⁹ Entre las joyas literarias que nos han legado las campañas electorales del país, rescatemos una firmada por “Marius” en 1913 respecto al candidato presidencial del Partido Republicano: “el Máximo Fernández que nos revela su personalidad en lo físico, que sus retratos acusan aún para los que no lo conocen, un burgués tosco, lleno de grasa, abultado abdomen de andar perezoso como un buey humano”. *La Prensa Libre*, 19 de agosto de 1913, 2.

⁹⁰ Cfr. Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 145-148.

fuerzas militares⁹¹.

De hecho, como acota Molina, “entre 1882 y 1948 hubo 26 rebeliones contra el gobierno, tres de las cuales lograron cambiar al ocupante del sillón presidencial” ⁹². Entre estos incidentes, cabe recordar las leyendas en torno al posible asesinato del líder de oposición Félix Arcadio Montero en 1897 y los supuestos intentos de homicidio contra el presidente Rafael Yglesias en la década de 1890, así como el asesinato del general Joaquín Tinoco en 1919⁹³.

La crisis económica de la década de 1930 agudizó las tensiones políticas, que se habían mantenido relativamente calmadas durante el auge económico de los veinte⁹⁴, sumando nuevos actores sociales a las conflictividades geopolíticas y de clases. Además de las resonancias de los eventos en el resto de Centroamérica—entre los cuales sobresalen el genocidio de campesinos de 1932 por parte del gobierno en El Salvador, y la guerrilla antiimperialista de Sandino en Nicaragua—, la fundación en 1931 del Partido Comunista de Costa Rica despertó esperanzas y temores que anteriormente se cifraban en la lejana Revolución Bolchevique. Poco tiempo después, el *Bellavistazo*, un intento de golpe de Estado tras las elecciones presidenciales de 1932, enfrentó de nuevo a las cúpulas políticas costarricenses⁹⁵; para 1934 estaba reservada la gran Huelga bananera en el Caribe⁹⁶; y a partir de 1936 el autoritarismo del gobierno de León Cortés avivó las disputas en torno al fascismo europeo⁹⁷. Todo esto en medio de una depresión económica que llevó a la ruina principalmente a los peones rurales y obreros urbanos, pero también a numerosas familias de las clases

⁹¹ Munro, 191.

⁹² Iván Molina, *Demoperfectocracia. La democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)* (Heredia: EUNA, 2005), 235.

⁹³ Oconitrillo, Eduardo, *Los Tinoco. 1917-1919* (San José: ECR, 2007), 231-235. Arnoldo Mora, *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica*. (San José: DEI, 1988), 30-31. Rafael Yglesias, “Autobiografía” en Eugenia Rodríguez Vega (comp.). *El pensamiento liberal* (Antología. San José: ECR, 1979), 375-376.

⁹⁴ Cfr. Virginia Mora Carvajal, *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003), 75-138.

⁹⁵ Cfr. Jorge Mario Salazar, *Crisis liberal y Estado reformista. Análisis político-electoral 1914-1949* (San José: EUCR, 2002), 149-158.

⁹⁶ Cfr. Víctor Hugo Acuña Ortega, *La Huelga bananera de 1934* (San José: CENAP-CEPAS, 1984).

⁹⁷ Cfr. Dennis Arias, *Utopías de quietud*.

medias y de la burguesía⁹⁸.

Por su parte, para 1938 los comunistas ticos ya habían sido implicados en torno a crímenes políticos. El homicidio en 1935 de Alberto González Lahmann, adinerado empresario de la capital, fue tratado por la prensa como un caso de asesinato político, siendo inicialmente acusados los comunistas como culpables de su muerte⁹⁹. Además, habían sufrido el homicidio de un compañero de militancia, el líder campesino Herminio Alfaro, cuyo victimario quedó impune¹⁰⁰; no era, pues, casual que a ellos les resultara especialmente verosímil la hipótesis del asesinato político del doctor Moreno.

Los homicidios de Moreno Cañas y de Echandi tenían características de asesinatos de odio, como era lo más corriente en el país, puesto que las víctimas conocían personalmente a su victimario¹⁰¹. Por lo demás, en las crecientes pero aún bastante aldeanas ciudades de la Costa Rica de los treintas, los galenos estaban expuestos a las represalias de pacientes insatisfechos o de sus familiares; Manuel Zeledón Pérez relata cómo su padre, cirujano, fue sostenidamente hostigado a inicios de la década de 1930 debido a un diagnóstico de hacía varios años:

todos [en la familia] sufrimos intensamente esa agresión continua que nos daba ese ladronzuelo. Ya era un acto de persecución continua que nos acechaba a cada paso. Resultó ser uno de esos psicópatas que querían cobrarse venganza por un certificado médico-forense que había practicado mi padre en sus funciones de ‘médico de pueblo’.¹⁰²

Sin embargo, el lugar político que en particular ocupaba Moreno abría sospechas razonables sobre la motivación de su asesinato. Lo que resalta en el seguimiento que *La Prensa Libre* y *Trabajo* le dieron a este caso es que, mientras que el semanario intentó mostrarlo como fruto de intereses oscuros de una cúpula política en el poder, el vespertino se ensañó contra Beltrán, eludiendo—y desestimando, cuando no podían invisibilizar

⁹⁸ Cfr. George I. García, *Formación de la clase media*, 102-107.

⁹⁹ Addy Salas, *Con Manuel. Devolver al pueblo su fuerza* (San José: EUCR, 1998), 124-138.

¹⁰⁰ “La magnanimidad mal entendida sirve para aumentar la peligrosidad de ciertos delincuentes” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 2.

¹⁰¹ Gil, *Morigerando las costumbres*.

¹⁰² Manuel Zeledón Pérez, *Melo, memorias de un cirujano* (San José: Realidad, 1996), 41.

las sospechas de la opinión pública—cualquier vinculación del homicidio con otros intereses políticos.

Esta disputa persistió tras la declaratoria de benemérito de Moreno Cañas. Su elevación a figura nacional, por encima de sus opiniones políticas, se basó en el prestigio y la influencia de la profesión médica en el país, en cuya élite él se encontraba¹⁰³. En una sociedad en la que los mecanismos de seguridad sanitaria eran precarios, como lo era aquella Costa Rica, la filantropía del médico se convertía en una necesidad popular; esta importancia del gremio, cuya conformación dependió para sus integrantes de inversiones en educación que eran casi totalmente excluyentes para las clases populares¹⁰⁴, culminó con el ascenso al gobierno—a menos de un año y medio después de la muerte de Moreno Cañas—del “populismo médico” de Calderón Guardia ¹⁰⁵.

La mitificación de Moreno Cañas fue reacción popular tanto como producción desde el *status quo*. A los pocos días de muerto, la Facultad de Medicina colocó una placa en honor suyo, y sus propios colegas solicitaron que se les permitiese sacar un modelo en yeso de la mano del ilustre fallecido¹⁰⁶. Ante la demanda popular de contar con una imagen de Moreno Cañas, *La Prensa Libre* contribuyó a su mitificación obsequiando, según afirmaba una nota en ese medio, cinco mil fotografías del malogrado cirujano¹⁰⁷. Irónicamente, fue la acción de Beltrán Cortés la que posibilitó que el doctor se convirtiera al poco tiempo después de su muerte, retrospectivamente, en un “gran ciudadano costarricense”.

La Prensa Libre prácticamente no se refirió a las posiciones políticas del doctor; lo elevó casi inmediatamente a la inofensiva categoría de prócer¹⁰⁸. En la conmemoración del primer aniversario de la muerte de

¹⁰³ Steven Palmer, *From Popular Medicine...*, *op. cit.*, 96-101.

¹⁰⁴ Así, por ejemplo, Solón Núñez, quien era maestro de escuela, sólo pudo costearse su educación de médico en Europa gracias a que ganó la lotería. Posteriormente fue Secretario de Salud por más de una década. Juan Bautista Frutos Verdesía, *Doctor Solón Núñez Frutos* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1979), 76-77.

¹⁰⁵ Steven Palmer, *From Popular Medicine*, 207-229.

¹⁰⁶ “El duelo nacional”, 8.

¹⁰⁷ “La Prensa Libre’ obsequiará cinco mil fotografías del recordado Dr. don Ricardo Moreno Cañas” en *La Prensa Libre*, 3 de setiembre de 1938, 8.

¹⁰⁸ Esta misma operación ideológica la ha analizado David Díaz respecto a la generación de García Monge, editor de la revista continental *Repertorio*

Moreno, este periódico aseveraba que a tal actividad concurrió un “numeroso público integrado por representaciones de todas nuestras clases sociales y de todas las actividades nacionales”¹⁰⁹. Ninguno de los discursos publicados en esa ocasión por este diario hacía alusión alguna a los planteamientos políticos del exdiputado; se limitan a alabar sus capacidades profesionales y sus virtudes morales¹¹⁰; la elevación de Moreno Cañas al estatus de figura nacional la efectuó este diario mediante su desproblematización como figura política concreta.

Los comunistas, por su parte, tenían otros motivos para lamentar la muerte de Moreno Cañas. Así, por ejemplo, éstos afirmaron reiteradamente que el doctor Moreno profesaba un sincero aprecio hacia el diputado y secretario general del PCCR Manuel Mora¹¹¹, y señalaban que a Moreno Cañas “no le importó que los ignorantes y los serviles lo llamaran comunista”¹¹², lo cual daba a entender que había una relativa afinidad del ilustre diputado con el Partido Comunista.

Para *Trabajo*, Moreno Cañas no era patrimonio de la élite: así lo indicaban respecto a la conmemoración del primer aniversario de la muerte del médico, en cuyo homenaje, según decían contra la versión de *La Prensa Libre*, “faltaron el elemento oficial, la clase alta y el CALDERONISMO”¹¹³. Más insidiosamente encabezaban otra nota: “Si en el homenaje al Dr. Moreno se hubiera anunciado comedera y bebedera gratis, habría

americano. David Díaz Arias, “From Jóvenes Ácratas to Beneméritos: Anarchism and National Identity in Costa Rica, 1900-1977” en Geoffroy de Laforcade, ed., *Imminent Pasts: Anarchism in Latin American History* (en preparación).

¹⁰⁹ “Los homenajes de hoy en memoria de los doctores Moreno Cañas y Echandi Lahmann” en *La Prensa Libre*, 23 de Agosto de 1938, 4.

¹¹⁰ Idem, 4-5.

¹¹¹ “El Ex-presidente Ricardo Jiménez recuerda al Dr. Moreno Cañas que estimaba profundamente al c. Mora” en *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 3.

¹¹² “Un discurso que no se dijo ante la tumba del Dr. Moreno Cañas” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 3.

¹¹³ “El homenaje al Dr. Moreno lo hizo el pueblo” en *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 3. Énfasis del original. Como ha señalado Díaz, los comunistas criticaron sistemáticamente la apropiación que las élites nacionales hicieron de las efemérides patrias, pues para ellos tal apropiación les restaba su contenido político, originalmente popular, a dichas celebraciones. Consecuentemente, los comunistas costarricenses reclamaban ser los verdaderos defensores de la nacionalidad costarricense. Cfr. David Díaz, *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006)* (San José: EUCR, 2006), 16-20.

concurrido el elemento elegante de la capital”¹¹⁴, título que deja poco a la imaginación en cuanto a los contenidos del texto.

Trabajo intentó apropiarse—valga decir que con fundamento—de la figura del cirujano, elogiando “sus actuaciones contra los chanchullos electorales, sus largas luchas contra el trust eléctrico y su dignísima acción contra la United Fruit Co.”¹¹⁵. Moreno Cañas, según Carmen Lyra, “era el punto donde parecían juntarse los caminos que van hacia el mejoramiento de Costa Rica. A su sombra su habrían podido poner de acuerdo los elementos de la derecha y los de la izquierda que alentaran empeñosos por una mayor equidad para nuestro pueblo”¹¹⁶.

Esta misma militante, en elegía al doctor se refería a una famosa operación que años antes había realizado éste:

con sus manos extraordinarias, que un asesino azuzado por quién sabe qué envidia viscosa y sombía [sic], dejó inmóviles para siempre, el Dr. Moreno se dispone a dejar sana la pierna deforme. [...] ¡Maravilla de las maravillas, es la vida humana, sea ésta la de un duque o la de un simple jornalero! El doctor ha olvidado, frente a la mesa de operaciones, que en el mundo, del otro lado de las paredes de aquella sala saturada de éter, los hombres se dividen en clases, y que el que tiene sobre la mesa es un pobre¹¹⁷.

Según este escrito—como en otros aparecidos en el semanario—, Moreno se ubicaba, merced a su ejercicio profesional médico, más allá de la lucha de clases. Esta caracterización es significativa, pues en posteriores artículos de *Trabajo* se planteaba la posibilidad de que este galeno, debido además, entre otros atestados suyos, a su militancia antiimperialista en la Liga Cívica, hubiera sido el líder de un frente popular transclasista y antifascista. En este sentido, los comunistas invocaron al influyente y ya difunto pedagogo Omar Dengo, según quien Moreno Cañas era “un hombre

¹¹⁴ En *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 4.

¹¹⁵ “Limitarse a llorar al Dr. Moreno Cañas o a pronunciar discursos más o menos bellos frente a la tragedia, no es honrar su memoria” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 3.

¹¹⁶ “Un discurso que no se dijo ante la tumba del Dr. Moreno Cañas” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 3.

¹¹⁷ “De la admirable operación que el Dr. Moreno hizo a un muchacho jornalero ayudado por los doctores Jorge Vega y Fernando Pinto” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 1.

capaz de dirigir por buen camino el destino de Costa Rica”¹¹⁸; en el doctor Moreno veían un personaje capaz de liderar un frente popular en tiempos en los que la izquierda costarricense percibía al fascismo como la principal amenaza a las luchas populares¹¹⁹.

El arraigo popular del doctor, debido a su profesión, sin duda le resultaba llamativo a los comunistas en vistas a sumar votos para futuras elecciones, pero más allá de esta consideración pragmática, había otros factores que facilitaban para ellos su percepción de cercanía con Moreno Cañas. En efecto, al plantearse el “comunismo a la tica” como una visión ante todo nacional de la actividad política, el carismático cirujano aparecía como un potencial aliado del proyecto nacionalista popular que vislumbraban estos militantes. Como indica Acuña, el “comunismo a la tica” fue la manera por la cual los comunistas asimilaron y le dieron forma al nacionalismo costarricense desde la izquierda¹²⁰.

La cercanía en vida y la apropiación *post mortem* de la figura de Moreno Cañas fueron consecuentes, pues, con el nacionalismo imperante en la línea política del Partido Comunista en el segundo lustro de los treinta. Habría sido el nacionalismo costarricense de este médico el que, haciendo innecesaria su pertenencia a una clase subalterna o una formación política comunista, lo acercaba a las políticas del Partido Comunista. *Trabajo* se refirió a los dos doctores muertos por la mano de Beltrán como “eminentes médicos, ciudadanos *representativos* y valiosos de nuestra sociedad”¹²¹, y a Moreno en especial como “uno de los grandes valores que ha tenido nuestra patria”¹²². Dicho de otro modo, ser buen

¹¹⁸ “La clase trabajadora debe ayudar a levantar el Monumento a la Memoria del Dr. Moreno Cañas”. En *Trabajo*, 10 de setiembre de 1938, 2.

¹¹⁹ José Manuel Cerdas Albertazzi y Gerardo Contreras Álvarez, *La política de alianzas del Partido Comunista / Vanguardia Popular en los años cuarenta* (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1984), 49.

¹²⁰ “El comunismo ‘a la tica’ fue más tico que comunista, pues este elemento quedó subordinado, por lo menos en la práctica, al elemento liberal, transaccional y personalista de la política costarricense”. Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y política en el comunismo costarricense (1930-1948)”, Ponencia en el Tercer Congreso Centroamericano de Historia, mesa 3, 1996, 18.

¹²¹ “Debemos luchar por el establecimiento...” en *Trabajo*, 3 de setiembre de 1938, 2. Énfasis mío.

¹²² “Meditaciones ante el retrato del Dr. Moreno Cañas” en *Trabajo*, 11 de febrero de 1939, 3. De hecho, las ediciones de *Trabajo* insistieron durante varios meses en que la clase obrera debía contribuir en levantarle un monumento al

costarricense y ser aliado del Partido Comunista era para *Trabajo* casi una combinación natural¹²³.

Así, por motivos distintos, y de modos también distintos, *La Prensa Libre* y *Trabajo* colaboraron en convertir a Moreno Cañas en una figura representativa de la nacionalidad costarricense. El hecho de que Moreno muriera en tales circunstancias, y con un brillante porvenir en la política, avivó su figura, incluso entre sus detractores, para los cuales el médico, ya muerto, podía convertirse en un benemérito de la Patria, a condición de ocultar sus posiciones políticas más conflictivas.

En vida, el doctor no estuvo exento de cuestionamientos ni de injurias, pero su muerte lo colocó más allá de las disputas partidarias: Moreno Cañas fue convertido retrospectivamente en la figura nacional que hoy es recordada ante todo por sus milagros médicos. La fantasía social tras las narrativas sobre el fatal suceso fue un juego de identidad y alteridad, en el cual Moreno Cañas representaba los más altos valores patrios, mientras que Beltrán Cortés encarnaba la figura que acecha a la nación, su enemigo interno. La prensa contribuyó de este modo a producir en Costa Rica la imagen de Beltrán Cortés Carvajal como personaje infame, imagen que ha perdurado durante ya más de setenta años¹²⁴.

La Prensa Libre compartió con *Trabajo* su caracterización de Beltrán Cortés como un monstruo; empero, el periódico comunista extendió esta categorización hacia otros eventuales individuos peligrosos, e insinuó que esa monstruosidad era compartida por altos personajes de la política. En el caso de *Trabajo*, estas denuncias podían ser inquietantes para la opinión pública: planteaban que el mal del cuerpo social costarricense no se limitaba a Beltrán, sino que podían existir otros ‘anormales’ aún ocultos. Los discursos desarrollados por *La Prensa Libre* tenían, en ese sentido, un carácter más edificante: sistemáticamente

doctor Moreno Cañas. Años después de su muerte seguían recordándolo fervorosamente.

¹²³ Sobre la costarriqueñidad y mesetismo del PCCR, cfr. Solís, *La institucionalidad*, 108-113. También Iván Molina, *Anticomunismo reformista.*, 46-51; Acuña, “Nación y política en el comunismo”, 1-19.

¹²⁴ Todavía a mediados de los años setentas, ya exconvicto, Cortés seguía siendo un objeto para la opinión pública debido a ese fatal incidente. Marcela Angulo, “Cristo es mi único amigo” en, *La nación*, 29 de julio de 1976, Suplemento Enfoque.

evadiendo la hipótesis del crimen político, focalizaron la agresividad colectiva contra una sola figura. En este diario se hace evidente la pertinencia del planteamiento de Mora cuando indica que “cuando la monstruosidad es asignada a sujetos concretos, permite expiar las culpas y los miedos propios; la destrucción o rechazo del *otro* facilita, eficazmente, la redención y refundación de los proyectos individuales y colectivos sin la carga de la culpa”¹²⁵.

Beltrán Cortés había puesto en peligro el equilibrio de la política costarricense, en un momento en el cual el país apenas se recuperaba de los efectos económicos de la Gran Depresión¹²⁶, pero no de sus efectos simbólicos. Su asesinato había atentado contra las bases de la ideología de la nacionalidad costarricense, recordando una violencia latente—y reiteradamente concretada—que los discursos oficiales trataban de ocultar tras el ideologema de la tranquila y apacible “Suiza Centroamericana”. Mientras que la prensa oficialista intentaba negar que el triple homicidio fuera típico de la nacionalidad costarricense, y que un diputado pudiera ser muerto por sus posiciones políticas, *Trabajo* denunció la existencia de una violencia ya usual en la política del país, y ejercida contra la militancia comunista.

Los comunistas cuestionaron así que la Costa Rica de su época tuviera las características de las que la ideología oficial se jactaba, aunque su crítica se dirigió contra las autoridades más que contra la institucionalidad o contra el nacionalismo. Las insinuaciones de *Trabajo* implicaban que había altos funcionarios tan *anormales* como Beltrán Cortés; su crítica tenía como trasfondo la nostalgia de una esencia de lo costarricense, perdida debido a la corrupción moral del capitalismo.

Los artículos en uno y otro periódico exaltaron la figura de Moreno Cañas—y marginalmente a Echandi, mientras que el extranjero Maynard casi no apareció—como representante distinguido de la nacionalidad costarricense, mientras que Beltrán fue presentado, como hemos visto, como un individuo anómalo—solo o no—en la textura de la nación. En

¹²⁵ Maynor Antonio Mora, *Los monstruos y la alteridad. Hacia una interpretación crítica del mito del monstruo* (Heredia: Universidad Nacional, Escuela de Filosofía, 2007), 153.

¹²⁶ Víctor Bulmer-Thomas, *La economía política de Centroamérica desde 1920* (San José: BCIE-EDUCA, 1989), 87-108.

ambos periódicos la identificación con la ideología nacionalista pasó por mostrar al *otro* como peligroso y ajeno al ser costarricense: en ellos, la descripción del múltiple homicida como *anormal*—como un *monstruo*, específicamente—llevaba implícita una común narrativa—cargada ideológica y libidinalmente—sobre la identidad nacional costarricense¹²⁷.

Pero, sobre todo, a pesar de las acentuadas tensiones políticas y de los rigores que cayeron sobre las clases populares y medias¹²⁸, esta relativa estabilidad de la hegemonía en Costa Rica se sostuvo gracias a que el Estado, desde una orientación reformista, profundizó a lo largo de los treinta sus políticas sociales. En esa coyuntura, entre otras medidas,

el gobierno, cuando no pudo contener a los sectores populares, respondió con diversas medidas legislativas sobre empleo, seguridad social, organización laboral y otros aspectos del trabajo. Antes de la fundación de la Caja Costarricense de Seguro Social en 1941 y la promulgación del Código de Trabajo en 1943, el Estado costarricense ensayó diversas leyes e instituciones para contener los conflictos sociales, entre las que podemos mencionar la creación del Patronato Nacional de la Infancia en 1930, la Oficina Técnica del Trabajo, la Ley de Abastos y la de Protección Ganadera en 1932, del Instituto de Defensa del Café en 1933, la Ley de Salarios Mínimos, extendida a los trabajadores rurales en 1935, la reforma bancaria de 1936, y la Junta Nacional de Habilitación, encargada de financiar casas a bajo costo, en 1939. Medidas de este tipo ampliaron el número de empleados públicos, a la vez que los legitimó como mediadores en los conflictos de clases, estableciendo tácitamente un modelo en el cual los sectores medios cumplían una misión de salvaguardas del orden social.¹²⁹

De este modo, el triple asesinato, que pudo haber llegado a generar una situación socialmente explosiva, terminó con saldo de un nuevo benemérito de la Patria, rumores callejeros y, por supuesto, un personaje

¹²⁷ Dennis Arias se ha referido a cómo en Costa Rica los discursos médicos entre fines del siglo XIX y mediados del XX se preocuparon por las deformidades “monstruosas” de las clases subalternas, las mujeres y las “razas” no europeas, como amenazas internas para la nacionalidad. La monstruosidad de Beltrán Cortés tenía, pues, importantes antecedentes en el imaginario nacionalista costarricense. Cfr. “El viaje del héroe al espacio monstruoso: metáforas de un saber biopolítico hecho novela”, *Revista CS*, 9 (enero-junio 2012): 68-70.

¹²⁸ Bulmer-Thomas, “La crisis de la economía”, 352-353.

¹²⁹ García, *Formación de la clase media*, 109-110. Hernández menciona que en 1936 los paros de zapateros fueron respondidos por el gobierno con una “transigencia francamente populista”. Carlos Hernández Rodríguez, “Trabajadores, empresarios y Estado: la dinámica de clases y los límites institucionales del conflicto. 1900-1943”, *Revista de historia* (Costa Rica), 27 (enero-junio 1993): 54.

maldito: el infame Beltrán Cortés.

Epílogo

Desde al menos inicios del siglo pasado, en Costa Rica los medios de difusión han capitalizado económica y políticamente los miedos y ansiedades del público lector¹³⁰, y dadas las tensiones sociales—nacionales e internacionales—de la coyuntura de los años treinta no es de sorprender el especial furor que provocó la noticia del magnicidio. En la esfera pública de fines de los treinta, Beltrán Cortés pudo cuestionar algunas de las fantasías sobre las cuales se sustentaba la identidad nacional costarricense: sus actos violentos contradijeron los discursos predominantes sobre el carácter pacífico del tico, y recordaron otros actos de violencia en la política y la vida cotidiana del país. Por supuesto, esta violencia política no empezó ni terminó con la hipotética confabulación contra Moreno Cañas; fue un preámbulo de la guerra civil, el terrorismo y los asesinatos políticos de la década de los cuarentas.

Con todo, los abordajes de *La Prensa Libre* y de *Trabajo* sobre el asesinato de Moreno Cañas nos han permitido observar el éxito de la hegemonía basada en el proyecto liberal-terapéutico del siglo XIX; incluso entre posiciones antagónicas en la lucha de clases primaban concepciones comunes respecto a la Nación—si no a su situación de entonces, al menos a su esencia más allá de la *anormalidad* de algunos—y, en relación con ésta, con la normalidad como criterio de control social. En medio de las luchas de los diferentes actores por apropiarse de él, el nacionalismo liberal-terapéutico costarricense se reconfiguró exitosamente durante los treinta, de tal modo que el terrible asesinato múltiple más bien lo reforzó: como plantea Žižek, “una ideología en realidad triunfa cuando incluso los hechos que a primera vista la contradicen empiezan a funcionar como argumentaciones en su favor”¹³¹.

Tales mecanismos de control social y sus respectivos saberes,

¹³⁰ Iván Molina, “El paso del Cometa Halley por la cultura costarricense de 1910”, en Molina y Palmer, eds., *El paso del cometa*; Steven Palmer, “Pánico en San José. El consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929”, en *idem*.

¹³¹ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología* (México: Siglo XXI, 1992), 80.

importados de los centros del sistema-mundo, se consolidaron a través de la intervención estatal en (y sobre) las cotidianidades de los sectores populares, a menudo invocada por éstos mismos; Beltrán Cortés pudo ser categorizado por la prensa como delincuente y monstruo—moral, anatómico y político—en un sentido moderno debido a que el público lector contaba ya con una mirada judicializada. De hecho, el control ejercido por la prensa, precisamente por ser informal, debía apelar a legitimidades arraigadas en lo más profundo de una ideología hegemónica materializada en instituciones y naturalizada en el sentido común, y convocar emotividades ligadas con ella.

Los mecanismos informales de control social eran sumamente eficientes. Beltrán Cortés afirmaba que al salir de la cárcel en 1970 su vida “fue peor que adentro” de la prisión: nadie le daba empleo, su familia lo desconoció, los mecanismos de ayuda social del gobierno pasaron por alto sus solicitudes, e incluso cuando consiguió trabajo vendiendo lotería, la gente no se la compraba porque “estaba salada”¹³². La infamia de Cortés, más de treinta años después, se había convertido en parte de la memoria colectiva de la población del país, en buena medida gracias a la cobertura que la prensa le dio a este caso; como es típico de las figuras infames, sólo su crimen lo sacó del anonimato¹³³.

Pero el mantenimiento de tal hegemonía, reproducida a través de varias generaciones, no hubiera sido posible sin las medidas de carácter coyuntural de la década de los treinta. La crisis económica fortaleció la intervención del Estado, mediante la cual las élites político-económicas resolvieron los conflictos que podían rebasar sus fuerzas. Esta estrategia logró contener la conflictividad social hasta inicios de los cuarenta, pero se mostró insuficiente cuando las propias transformaciones del capitalismo

¹³² Oconitrillo, *Vida, muerte y mito*, 184-185.

¹³³ Según la inspirada prosa de Foucault, “para que algo de esas vidas [infames, GG] llegue hasta nosotros fue preciso por tanto que un haz de luz, durante al menos un instante, se posase sobre ellas, una luz que les venía de fuera: lo que las arrancó de la noche en la que habrían podido, y quizá debido, permanecer, fue su encuentro con el poder; sin este choque ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayectoria”. Michel Foucault, *La vida de los hombres infames* (La Plata: Altamira, 1996), 124-125.

mundial ¹³⁴—aceleradas por las conquistas de las clases subalternas—hicieron inminente la inviabilidad del capitalismo agroexportador que había dominado Costa Rica desde antes de su época republicana.

En todo caso, *La Prensa Libre* y *Trabajo* reintegraron discursivamente a la nación frente a la crisis que la acción de Beltrán Cortés suscitó, reivindicando de modos distintos a Moreno Cañas como figura unificadora de la nacionalidad costarricense. A pesar de que uno y otro presentaron diferentes enfoques sobre este suceso, y en particular de la mayor problematización que aportaron los comunistas—aunque, significativamente, sin analizarlo desde una teoría de la lucha de clases—en este aspecto, ambos partieron de la base común de la nacionalidad para fundamentar sus puntos de vista divergentes sobre ella, e interpelar políticamente a la ciudadanía.

En una época en la que el imperialismo estadounidense ya tenía varias décadas de haberse afincado en Costa Rica, y en la que el fascismo amenazaba a las conquistas populares, los comunistas intentaron darle al nacionalismo un contenido distinto al que hasta entonces le había dado la oligarquía. Su política de frente popular les llevó a buscar alianzas con la “burguesía progresista” nacional, lo cual implicó un debilitamiento de su inicial enfoque—más sectario—centrado en el proletariado como actor casi único de las transformaciones nacionales¹³⁵.

Desde esa perspectiva, no es casual que la ideología liberal-

¹³⁴ Cfr. Ernest Mandel, *Ensayos sobre el neocapitalismo* (México: ERA, 1974); Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal, 1999), 328-359; Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991* (Barcelona: Crítica, 2000), 92-115.

¹³⁵ El que los comunistas ticos no lograran interpelar al campesinado debilitó decisivamente las posibilidades políticas del PCCR. Dicho esto, consideramos que habría que matizar la apreciación de Molina, quien le atribuye la transición política de ese partido (“de comunistas a laboristas”) al fracaso electoral de 1936 (cfr. Molina, *Anticomunismo*, 176), pues, aunque los comunistas ticos no estuvieran directamente enterados de los cambios en la política del Kremlin (cfr. Eric Ching, “El Partido Comunista de Costa Rica. 1931-1935: los documentos del Archivo Ruso del Komintern”, *Revista de historia* (Costa Rica), 37 (enero-junio 1998)), los cambios en la geopolítica de la época podían ser interpretados desde la izquierda tica como propicios para buscar una política de frente popular. Además, si consideráramos al PCCR (luego llamado Partido Vanguardia Popular) como un partido laborista, esa calificación tendría que ser aplicada a todos los partidos comunistas de la época, pues ya a fines de los treinta la misma URSS le recetaba a sus partidos afiliados la “coexistencia pacífica” con el capitalismo y la política de frente popular.

terapéutica, compartida a pesar de sus radicales diferencias por comunistas y cortesistas, elevara la figura del cirujano de la sociedad a lo más alto de las jerarquías políticas de la época. Esta figura la encontraron los comunistas en Moreno Cañas, y la promovieron los seguidores del Partido Republicano Nacional en la figura del doctor Rafael Ángel Calderón Guardia ¹³⁶, con quien los mismos comunistas se aliaron pocos años después en su intento por restituir la *salud* de la nación costarricense.

¹³⁶ A diferencia de Moreno Cañas, empero, el ascenso político de la figura de Calderón se fundamentó en las reivindicaciones católicas frente al secularismo liberal. Sobre la construcción de la imagen de Calderón Guardia como caudillo, cfr. David Díaz Arias, *Social Crises*, 30-57.